

pública, y á la verdad que el éxito de los que se realizaron no fué muy brillante. De los doce mil hombres que se llevó Mannsfeld de Inglaterra, perecieron la mayor parte en Holanda, y el tratado con Francia era de tal naturaleza, que su publicacion hubiera dado lugar á una fuerte oposicion. El príncipe Carlos había prometido en el Parlamento que su casamiento con una católica no favoreceria en nada á los disidentes ingleses, contra los cuales estaban aun en vigor severas leyes, y el Parlamento estaba muy léjos de desear se suprimieran, pues que muchas veces había reclamado su ejecucion.

Sin embargo, la princesa Enriqueta María no quiso pisar el suelo inglés sin mejorar la suerte de sus correligionarios; así es que en un documento firmado por el rey, el príncipe de Gales y uno de los secretarios de Estado se concedió á los católicos de Inglaterra mayor libertad religiosa aun que la que se había estipulado antes en el tratado hispano-inglés. Se prohibió que fueran castigados con penas corporales ó

pecuniarias á causa de su confesion, ni por negarse á prestar juramentos que fueran contra su religion, á excepcion del de obediencia al rey que debían prestar como buenos súbditos.

Antes de que el gobierno se viera obligado á explicar su política al país murió Jacobo el 27 de marzo de 1625.

Los veintidos años de su reinado dejaron profundas huellas. Habían dado una fuerza considerable al puritanismo, fuerza que se hacia patente en muchas manifestaciones de la vida pública, empezando por una lucha contra la administracion del Estado que solo fué interrumpida por cortas treguas; habían acumulado en el seno de la nacion agravios políticos y religiosos, y en el exterior habían dejado sin solucion un gran número de problemas.

La administracion desacreditada, la hacienda agotada, derrotas en vez de triunfos, manejos en contradiccion con solemnes promesas; tal fué la herencia que recibió el rey Carlos I al subir al poder.

## LIBRO PRIMERO

DESDE EL ADVENIMIENTO AL TRONO DE CÁRLOS I HASTA EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

### CAPITULO PRIMERO

PRINCIPIO DEL REINADO DE CÁRLOS I Y SUS TRES PRIMEROS PARLAMENTOS (1)

Quando Carlos I subió al trono tenía veinticinco años y lo que de él se sabia era propio para ganarle las simpatías

(1) De las obras generales que se refieren á la historia de Carlos I y de la revolucion inglesa, solo podemos citar aquí las de mayor importancia, sin poder indicar detalladamente las diferentes fuentes en que han ido á buscarse los datos para escribirlas. Hay gran número de documentos que han sido publicados en las obras reunidas de Rushworth, «Historical Collections... beginning the sixteenth year of king James» 1659-1701, siete tomos. Nalson (escrito en sentido realista contra Rushworth), *An impartial collection of the great affairs of state from the beginning of the Scotch rebellion, 1682, 1683*, dos tomos. *State Papers collected by Edward Earl of Clarendon 1767-86*, tres tomos. Y además *Calendar of the Clarendon State Papers preserved in the Bodleian library ed. by Ogle and Bliss 1872*. Siguen varias cartas, algunos despachos de los embajadores, los diarios de las sesiones de las dos Cámaras del Parlamento, compilaciones como la *Parliamentary or Constitutional History 1751*, veinticuatro tomos, la *Parliamentary History of England ed. by Cobbet 1806*, que aunque con frecuencia carece de criterio fijo, es excelente para la historia interior del reinado de Carlos I, el *Calendar of State Papers, Domestic Series of the reign of Charles I preserved in Her Majesty's Public Record Office*, empezado á publicar por John Bruce y continuado por W. D. Hamilton, 1858. Muchos de los datos son extraídos de Memorias de hombres de aquel tiempo, algunos de los cuales habían intervenido en los acontecimientos. La mas notable colección de este género de literatura es la publicada por Guizot traducida al francés: «Collection des memoires relatifs á la revolution d'Angleterre», 1827, en veinticinco volúmenes, conteniendo las memorias de Warwick, Ludlow, Mrs. Hutchinson; como complemento de esta colección publicó Guizot unos *Études biographiques sur la revolution d'Angleterre*, 1851. También pueden utilizarse las tan á menudo citadas memorias de Whitelock, aunque debe tenerse en cuenta que quizá en ellas no es todo original (se publicaron primeramente en 1682, pero es mejor la edición de 1732). A continuacion vienen los historiadores de aquel tiempo, de los cuales ninguno ha adquirido tanta fama como el conde de Clarendon. Como Eduardo Hyde fué miembro del parlamento corto y del parlamento largo. Su *History of the rebellion and civil wars in England*, cuya primera edición apareció en 1702, la había empezado á los cuarenta años, cuando, en tiempo de la revolucion, tuvo que abandonar por primera vez su patria, y la continuó despues en forma de biografía al dejar de ser ministro de Carlos II é ir otra vez al destierro. Aunque no puede negarse que Clarendon no es un testigo imparcial y cometió bastantes errores, tiene tal interés su narracion, que su obra ha sido considerada durante mucho tiempo como la mejor en su clase. Finalmente son de gran interés los datos que suministra la prensa diaria de aquellos agitados tiempos, ya en trabajos poéticos, como cantos políticos y sátiras, ya en prosa, como diarios, folletos, etc. La colección mas completa de estos papeles se halla en el Museo Británico y procede de un librero que vivió en aquella época y se llamaba Thomason.

Entre las publicaciones recientes que han bebido en las fuentes que acabamos de citar ocupa asimismo un lugar preferente una de Guizot. A su *Histoire de la révolution d'Angleterre depuis l'avènement de Charles I jusqu'à sa mort, 1826-27*, publicada en dos tomos, siguen otros dos tomos; uno publicado en 1854, *Histoire de la république d'Angleterre et de Cromwell 1649-1658* y otro, publicado en 1856, *Histoire du protectorat de Richard Cromwell et du rétablissement des Stuart 1658-1660*. Guizot tenía pensado escribir además la historia de la segunda revolucion inglesa, y si bien no llegó á realizar su propósito, en cambio al publicar la cuarta edición de su obra le añadió un «Discours

sur l'histoire de la révolution d'Angleterre», que es un trabajo muy bien escrito. Guizot ha aumentado el caudal de nuestros conocimientos con nuevos materiales, especialmente con varios documentos diplomáticos, sacados de los archivos de Paris y de Simancas, que son de inestimable precio. Su exposicion es brillante y seduce, aunque no deja de prestarse á la crítica en varios puntos, pues algunas veces saca datos de fuentes impuras, como por ejemplo, la colección de los procesos políticos ingleses, en los cuales tantas anécdotas fabulosas se cuentan. Lo curioso es que Guizot que tenía en sí algo de puritano no haya tratado del carácter puritano-religioso de la revolucion inglesa. Habla casi exclusivamente de su carácter político; quizás sea debido á que al empezar su obra, poco antes de la revolucion de julio, creyó escribir en beneficio de su pueblo. Deseaba solo demostrar que, como decia en la introduccion: «el gobierno absoluto era ilegítimo.» También tenía importancia política la «Historia de la Revolucion inglesa» de Dahlmann (primera edición 1844), y prescindiendo del vigor con que estaba escrita, es de creer que á esta circunstancia debió su éxito. Fué el desarrollo de unas lecciones que dió Dahlmann en la Universidad de Bona. El autor no pretendió presentar material nuevo; pero su narracion, que empieza con el reinado de Enrique VII y se continúa hasta principios del reinado de Guillermo III, es imagen fiel, segun Anton Springer, de las «ideas y deseos» que poco antes de 1848 agitaban el corazón del pueblo. Ranke profundizó mucho mas el asunto. Los tomos segundo, tercero y cuarto de su historia inglesa (obras completas, tomos 15-17, 1860) tratan exclusivamente de los sucesos que estoy relatando. La completa posesion del asunto, su claro juicio la mirada psicológica tan penetrante de Ranke se hallan tan patentes en esta obra como en las demás que debemos á su genio. Léjos de contentarse con sacar sus datos de fuentes de todos conocidas, ha dado Ranke noticias nuevas y curiosas, adquiridas, en gran parte, en documentos venecianos y franceses. Si quizá su descripcion de los movimientos revolucionarios populares es menos brillante que la de otros autores, es el primero cuando se trata de desenredar el hilo de las intrigas políticas ó hacer ver las consecuencias que para la historia universal han tenido aquellos sucesos.

Los autores ingleses en cambio, se han limitado, con raras excepciones, á escribir la historia de la revolucion exclusivamente bajo el punto de vista inglés, viéndose en ellos las contradicciones de caballeros y puritanos, de torys y whigs. Durante largo tiempo dominaron en los escritos las ideas contrarias á la revolucion, que habían ganado naturalmente la victoria cuando la restauracion. Aun despues que los Estuardos fueron expulsados por segunda vez, estableciéndose definitivamente el sistema constitucional, casi todos los historiadores atacaban á los «asesinos del Rey.» David Hume, autor de la *History of Great Britain* (1754), con su escepticismo, era incapaz de comprender el fanatismo puritano. Su indulgente crítica de Carlos I influyó despues en los *Commentaries on the Life and Reign of Charles I* de Isaac d'Israeli (1828-31, una nueva edición revisada por su hijo se publicó en dos volúmenes en 1851). Mas pronto se hizo una reaccion contra este modo de juzgar. Si bien Lingard en los tomos de su *History of England*, publicada en 1819, que á este periodo se refieren, dado su punto de vista católico, no tiene simpatía alguna por los puritanos, en cambio Brodies, *History of the British Empire from the accession of Charles I, to the restoration of Charles II*, (4 volúmenes) 1822 y Godwin, *History of the Commonwealth of England*, 4 vol. 1824-28, se han dedicado con pasion y talento á la defensa de los jefes de la revolucion. En el mismo modo de pensar están inspirados los diversos y bien escritos trabajos de John Forster, de los cuales aquí solo citaremos su *Historical and biographical essays*, vol. 1, 1858 y su *Statesmen of the Commonwealth of England*, New-York 1846 (publicado primero en la Enciclopedia de Lard-

cierta timidez ó reserva que contribuía á hacerle aun mas interesante. Era serio, noble, moderado, de gran valor personal, inclinado á las artes y á las ciencias, inteligente en administracion, y tenia la facilidad de comprender en seguida los asuntos mas complicados, todo lo cual hacia esperar que fuese ornamento del trono. No tenia la ciencia ni la facilidad de elocucion de su padre, pero en cambio ni era pedante como Jacobo ni habia heredado sus groseras inclinaciones.

Tenia cierta experiencia en los negocios y la manera como los habia conducido á su regreso de España habia sido recibida con aplauso por el pueblo. Pero adolecia de un defecto que amenazaba echar á perder sus buenas cualidades, y era una gran inclinacion á las intrigas y á las restricciones secretas de promesas hechas públicamente. Su falta de fijeza en palabras y hechos era tanto mas temible, cuanto que no queria reconocerla, y en todo caso la tenia por muy disculpable, teniendo puesta una confianza sin límites en esta arma de dos filos de que ya se habia valido en sus negociaciones con España, y con su habilidad en servirse de ella creia poder prescindir de los consejos que se le daban y proceder segun su propia voluntad.

Buckingham comprendió perfectamente la manera de adularlo. Su imaginacion inventaba planes sobre planes, sabia encontrar nuevas soluciones y mantenía así al rey en la ilusion de que todos sus deseos eran fáciles de realizar. De aquí provino la extraordinaria influencia que el locuaz, disoluto y derrochador favorito ejerció sobre un monarca sério, virtuoso y ordenado. Sus aventuras en España les habian hecho amigos, y desde entonces creia el duque que todo le era permitido, tomándose en presencia del monarca ciertas libertades, que producian escándalo; pero era suficientemente astuto por hacer ver al rey que guardaba con él mayores atenciones que con los demás.

En un principio se ocuparon ambos exclusivamente en los asuntos de la guerra. Se puso á la escuadra en estado de combatir, se enviaron recursos al rey de Dinamarca y se invitó á los Estados libres de Holanda á que tomaran parte en la lucha. Tambien habian pensado en que Francia representara un papel en esta colosal empresa; pero el rey Luis XIII se negó á acceder á los deseos de Buckingham con tanta mayor energía, cuanto que su frívolo carácter le disgustaba. Buckingham aprovechó su estancia en París para hacer una declaracion de amor en la mejor forma á la jóven esposa del monarca.

ner 1836-39. Aquí deben colocarse los *Studies and Illustrations of the great rebellion*, de John Langton Sanford, Londres 1858. Asimismo han contribuido á modificar el juicio que se habia formado de la época de la revolucion la *Constitutional History of England*, de Hallam, publicada en 1827, y la introduccion de la historia inglesa de Macaulay.

De todos los escritores ingleses modernos que han tratado de aquellos acontecimientos, ninguno interesa tanto como Samuel Rawson Gardiner. Este infatigable escritor ha empezado á publicar una historia de Inglaterra que arranca desde la muerte de Isabel, y de la que han visto la luz pública ocho tomos: *History of England from the accession of James I to the disgrace of chief justice Cook*, 2 vol. 1863. *Prince Charles and the Spanish marriage*, 2 vol. 1869. *A history of England under the duke of Buckingham and Charles I*, 2 vol. 1875. *The personal government of Charles I*, 1628-37 2 vol. 1877. En estos volúmenes se hace una revision de todos los trabajos publicados anteriormente y además el autor da á conocer nuevos documentos que ha reunido en Inglaterra y en el continente; y siguiendo las huellas de Ranke, sabe elevarse por encima de los partidos que luchan y prestar la atencion debida á las consecuencias de la política exterior. Podrá su modo de ver despertar contradicciones, como, por ejemplo, al tratar de Strafford; pero nadie puede tratar la historia de Carlos I sin consultar las obras de Rawson Gardiner. La obra del mismo autor: *The first two Stuarts and the puritan revolution* publicada en la coleccion intitulada *Epochs of modern history*, London, Longmans, Green and Co., 1876, es un excelente resumen de sus estudios y una ojeada sobre la historia de la revolucion.

Todos estos pasos habian costado grandes sumas de dinero y mucho mas de lo que el Parlamento habia concedido, y era imposible juzgar lo que se hubiera necesitado para la realizacion de todo el programa. Carlos resolvió pues reunir un nuevo Parlamento, no dudando un solo momento de que éste tendria en él la mas ciega confianza.

La asamblea que abrió el 18 de junio de 1625, estaba inspirada en los mas leales sentimientos, pero tambien estaba decidida á recordar al gobierno las promesas que últimamente



Carlos I. Copia de un grabado de la época, segun el retrato original hecho por Wan-Dyck

habia hecho (1) de que Inglaterra no contraeria obligaciones que excedieran de los subsidios concedidos, sin embargo de lo cual se encontraba envuelta en una serie de compromisos sin que una sola vez se hubiesen puesto en conocimiento de las Cámaras. El rey habia prometido que se mantendrian en vigor las leyes contra los católicos disidentes, pero se temia que Carlos no cumpliera lo que habia prometido cuando príncipe. En ambos asuntos se mostró claramente su desconfianza, pues se limitaron á acordar dos subsidios sumando en junto unas 140,000 libras, cuando los compromisos del gobierno ascendian á siete veces dicha cantidad, y determinaron que los derechos de Aduanas se concedieran al rey solo por un año, en vez de ser la concesion vitalicia como antes, pareciendo que querian resucitar otra vez, la cuestion de la legitimidad de las nuevas tarifas. Y por cierto no ayudó á apaciguar los ánimos, el que un partidario de la política del gobierno dijese á sus colegas que las sumas que se le habian negado se las proporcionaria «de otra manera.»

A consecuencia de una enfermedad que reinaba en Londres, análoga á la peste, trasladóse el Parlamento á Oxford, pues Buckingham no queria que se disolviera sin obligarle antes á que cediera á sus deseos; pero precisamente contra él dirigió la oposicion sus mas fuertes ataques en su nuevo punto de reunion, pues se llevó muy á mal que algunos sa-

(1) Debates in the house of Commons in 1625, edited from a Ms. in the library of Sir Rainald Knightley, Baronet, by S. Rawson Gardiner (Camden-Society 1873).

cerdotes católicos hubiesen sido dispensados de acatar las leyes vigentes, que se pusieran buques ingleses á disposicion del monarca francés que por aquel tiempo atacaba á los hugonotes de la Rochela, y que no pudiese examinarse la manera cómo se habia gastado el dinero que se habia concedido al gobierno. En vano trató Buckingham de justificar su conducta; pues aunque sacrificó á los católicos y se escudó en sus nobles propósitos, sus palabras no encontraron crédito porque no se tenia confianza en un primer ministro que dirigia los asuntos del Estado á su capricho sin pedir el parecer de las personas competentes, y obrando con la misma ligereza y abandono que en sus asuntos privados. «El gobierno, dijo Sir Robert Phelps, ha carecido de buenos consejeros, el poder se halla monopolizado,» y se buscaron ejemplos en la historia nacional para demostrar que el que dirigia la política era responsable de sus acciones. Mientras que en las demás naciones se consolidaba el poder discre-

cional de los monarcas, en Inglaterra un favorito audaz y hábil pretendia obtener el mismo fin; pero esto no podia consentirse, y así exclamaba el propio Phelps: «Somos la última monarquía que aun conserva sus primitivos derechos y su primitiva organizacion;» palabras que querian dar á entender que allí se trataba de una lucha en favor de la humanidad.

El ramo especial de Buckingham era la marina, y precisamente en él se habian descubierto abusos indisculpables. El mismo comercio inglés no se veia libre de los piratas ni en las costas mismas de su patria. Así el ministro tuvo que oír las siguientes palabras: «No es bueno confiar la seguridad del reino á aquellos que no tienen cualidades suficientes para el desempeño de su cargo.» Y como parecia que no se estaba muy léjos de presentar una acusacion en forma al Rey, este determinó disolver el Parlamento el 12 de agosto de 1625, con lo cual vió renovados al principio de su reinado

*Caroli V. Confanguineus  
Et Amicus charissimus  
Carolus I.*

Firma de Carlos I, copia de una carta fechada en 22 de agosto de 1626 y dirigida al príncipe elector de Brandeburgo, Jorge Guillermo

los conflictos entre las dos instituciones constitucionales que parecian haber pactado una tregua en los últimos tiempos de su padre.

Buckingham no quiso presentarse de nuevo ante un parlamento sin haber alcanzado grandes triunfos, pues soñaba en un mundo de brillantes victorias para las cuales hacia sus preparativos con febril actividad. Si la escuadra inglesa regresaba cargada con rico botin español, si se realizaba la grandiosa alianza en el continente, si Francia, pacificada ya, hacia causa comun con Inglaterra, podia esperar que los oradores de la oposicion en los Comunes se verian reducidos al silencio. Pero todos sus cálculos salieron fallidos. La escuadra inglesa se componia principalmente de buques mercantes que junto con sus tripulaciones habian sido requisados para el servicio del Rey; las tropas que se hallaban á bordo habian sido reclutadas á la fuerza; se las pagaba mal y carecian de disciplina; en el nombramiento de los oficiales se habia tenido mas en cuenta la proteccion del omnipotente ministro que los méritos personales, y la parte administrativa habia sido encomendada á personas negligentes ó codiciosas. En tales condiciones no podian renovarse las heroicidades de Raleigh y Drake; así fué que cuando se atacó el fuerte del Puntal que defendia la entrada de la bahía de Cadiz, la mayor parte de los capitanes procuraron ponerse fuera del alcance de las balas, de modo que cuando se apoderaron del fuerte era ya demasiado tarde para intentar un golpe de mano contra Cadiz, por lo cual el comandante se contentó con hacer atracar sus buques á la costa, penetrar con sus tropas dos millas tierra adentro, yendo á la ventura, y dejar que se emborracharan con el espirituoso vino español. Al fin pudo darse por satisfecho con lograr reembarcarlas antes de

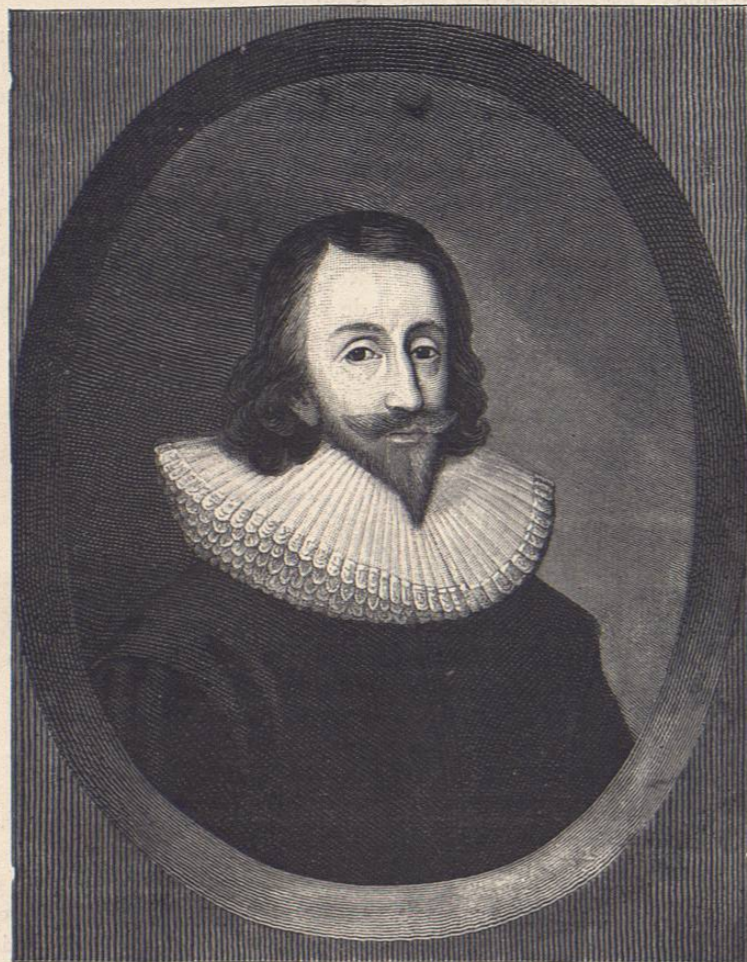
que el enemigo las atacase. Los galeones españoles procedentes de la India se salvaron haciendo un gran rodeo, y la orgullosa armada inglesa regresó á su país con varias averías y sufriendo la tripulacion la escasez de las raciones.

Entre tanto, Buckingham se dirigió á la Haya para terminar sus negociaciones con los Estados generales de Holanda y Dinamarca. Al rey danés tanto los Países Bajos como Inglaterra le prometieron subsidios para facilitar su campaña en Alemania. Buckingham contaba con que este convenio mereceria la aprobacion de su nuevo Parlamento y en caso de apuro creia poder disponer de las alhajas de la corona que serian suficiente garantía para los comerciantes de Amsterdam. Incierto como era este plan, aun encontró mayores dificultades á consecuencia de las disensiones que surgieron entre Francia é Inglaterra, porque ambas no habian visto cumplidas las esperanzas que habian fundado en su accion comun. Carlos I y Buckingham querian arrastrar en seguida á Francia á una guerra contra España y el Emperador, y se encontraron con que en París no estaban inclinados á cumplir sus deseos. Por otra parte Luis XIII y Richelieu habian querido que se concediera la tolerancia á los católicos ingleses, y observaron que el gobierno del otro lado del canal, para desarmar á la oposicion puritana, derogó las reglas de tolerancia que habia establecido al principio. Por ambas partes habia además otros motivos de disgusto. La jóven reina de Inglaterra estaba en desavenencia con su marido que creia conveniente separarla de la influencia de su servidumbre francesa; los buques corsarios ingleses daban caza á los mercantes franceses cuando estos conducian mercancías de los Países Bajos españoles, que eran consideradas como contrabando, á lo que Francia contestó declarando

buena presa todos los buques ingleses que eran cogidos en sus aguas; y por último, Carlos I estuvo á punto de producir un rompimiento entre ambos países queriendo mezclarse en los asuntos interiores del vecino Estado.

Hacia algun tiempo que la Rochela, refugio de los hugo-

notes, se hallaba en abierta rebelion contra el gobierno, y nada habia exaltado tanto los ánimos en Inglaterra como que los buques ingleses estuviesen destinados á contribuir á su conquista. Carlos I y Buckingham hubieran deseado por su parte poder desligarse de los compromisos adquiridos



John Eliot. Copia de un grabado de la época por W. Holl

*I am affeccionat friend & copy*

anteriormente respecto de este punto, y para ello se valieron de una fingida sublevacion de la marinería, sublevacion que ellos mismos provocaron y no mandaron sus buques á los franceses hasta que pareció asegurada la paz con los hugonotes, y aun entonces los enviaron sin tripulacion. Pero los franceses, á pesar de que el tratado que se acababa de ajustar no llegó á ejecutarse, se quedaron con ellos, y entonces Carlos I, no solo reclamó su devolucion, sino que se declaró protector de los hugonotes, pues creía que los mismos derechos que asistian á Luis XIII para proteger á los católicos pacíficos de Inglaterra tenia él para auxiliar á los reformistas rebeldes de Francia. Las reclamaciones que hizo en su favor,

y que empeoraron su situacion en vez de mejorarla, echaron á perder completamente los trabajos hechos para la conclusion de una alianza con Francia.

Como ha podido observarse, la situacion no se habia simplificado cuando el Rey abrió el nuevo Parlamento en 6 de febrero de 1626, pero esta vez el gobierno habia tomado ciertas medidas para quitar sus mejores fuerzas á la oposicion. Algunos de los mas caracterizados enemigos de Buckingham habian sido nombrados jefes, y los deberes de sus cargos les obligaban á permanecer mucho tiempo en el condado respectivo, impidiéndoles ocupar su sitio en Westminster.

No obstante, apareció de nuevo en los Comunes un diputa-

do práctico en el parlamentarismo y que estaba decidido á atacar de un modo enérgico al hombre que dirigia los negocios y á quien hasta entonces habia tratado con cierta consideracion: este diputado era John Eliot. En su juventud habia hecho con Buckingham un viaje al continente y habia conquistado su favor, pero los lazos de la amistad personal no eran suficientes para impedirle hacer lo que él consideraba beneficioso para el bien público. Era un noble hijo de su tiempo, y si bien se hallaba poseido de algunas de las preocupaciones de aquella época, su vibrante palabra, la caballerosa audacia con que se presentaba en la brecha y el arte de atraerse los ánimos le habian hecho uno de los principales jefes de la Cámara. Estaba poseido de un ardiente patriotismo y de la conviccion de que el bien público en ninguna parte encontraria mas buenos é inteligentes defensores que en los Comunes (1).

Eliot, en su calidad de vice-almirante de Devon, tuvo excelente ocasion de enterarse de lo mal dispuesto de la última expedicion y de sus deplorables consecuencias. Habia visto los soldados rotos y pidiendo limosna á su regreso, y que su estado mas inspiraba temor que compasion en los ciudadanos pacíficos; y con el corazon lleno de amargura, pidió que antes de concederse nuevos subsidios, se examinase el modo cómo se habian gastado los anteriormente concedidos.

«Nuestro honor, exclamó, ha sido sacrificado, nuestros buques se han ido á pique y nuestros soldados han sido muertos no por medio de las armas, no por el enemigo, ni por un siniestro, sino, como ya se habia anunciado proféticamente, por culpa de aquellos en quienes quieren que pongamos nuestra confianza.» La teoria de que el rey no podia cometer ningun desacierto, pero que sus consejeros eran responsables, teoría que ya se habia afirmado poco antes cuando los procesos de Bacon y Middlesex, se renovó entonces contra Buckingham. Se participó al rey que los Comunes estaban poseidos del deseo «de protegerlo en el interior y hacerle temido en el exterior,» pero al mismo tiempo se sostuvo con energía el derecho de examinar la conducta de sus ministros y hacer depender la concesion de subsidios del resultado de dicho exámen. Así, pues, pidieron al Consejo de la Guerra que diera explicaciones acerca de cómo se habian empleado los subsidios concedidos en 1624, y preguntaron con qué derecho se habian cobrado los de aduanas cuando no se habia publicado sobre ello ningun bill.

Carlos I se declaró en contra de estas peticiones con cierta violencia, lamentándose de que «se gastara tanto tiempo en el exámen de los gastos,» y añadió: «Algunos, no quiero decir todos, critican las acciones de un hombre que no es un simple servidor de la corona, sino que me es muy querido, y se han preguntado: ¿Qué podemos hacer contra el hombre que goza del favor del rey? Y buscan qué es lo que podrán hacer contra un hombre que le ha parecido al rey digno de tal honor... Lo que él ha hecho lo ha hecho por mis mandatos. Deseo pues que la Cámara no se crea con derecho á interrogar á cada punto á mis servidores, y menos á uno á quien tanto aprecio; y no dudo que me dareis la satisfaccion de castigar á los que se hagan culpables en este punto.» Naturalmente no podia esperarse que los Comunes contestasen con la misma arrogancia; pero de todos modos continuaron en el camino emprendido por Eliot, y aunque concedieron los subsidios, declararon que su resolucion no recibiria la forma de bill hasta que se hubiesen satisfecho sus deseos.

Mientras que sus comisiones estaban ocupadas en reunir las materiales para entablar una acusacion contra Buckingham, encontraron un apoyo inesperado en la cámara de los Lo-

res (2). Estos se hallaban ya ofendidos por haberse infringido sus privilegios con la prision de uno de sus miembros, cuando se presentó entre ellos el conde de Bristol y levantó su voz contra el ministro. Bristol desempeñaba el cargo de embajador en la corte de España cuando se trataba de obtener la mano de la infanta para el príncipe de Gales, y conocia todos los detalles de aquellas negociaciones, estando al mismo tiempo irritado por la innecesaria desgracia en que habia caido respecto de Carlos I y de Buckingham al romperse aquel proyectado casamiento. Para imponerle silencio se habia querido tenerle alejado de la Cámara alta, y cuando esta pidió que se le llamase, se presentó contra él una acusacion de crimen de lesa majestad fundándola en sus actos durante el desempeño de su mision diplomática. Pero el acusado se convirtió en acusador, y tales declaraciones hizo sobre las concesiones que en aquella ocasion habia hecho Buckingham á los españoles, que el rey juzgó necesario presentarse ante los pares para defender al que gozaba de su confianza.

Estos hechos dieron valor á la Cámara baja para seguir el camino que habia emprendido; y una diputacion, de la cual, como era de suponer, formaba parte Eliot, presentó en la barra de la Cámara de los Lores todo el capitulo de cargos que se habia formado contra Buckingham, quien tuvo la osadia de comparecer ante sus acusadores y burlarse de ellos. Despues que sus colegas, por el espacio de dos dias, estuvieron leyendo las acusaciones, Eliot se encargó de resumirlas y relacionar las unas con las otras, y aunque es innegable que en su discurso la verdad iba mezclada con el error, el convencimiento de que todos los agravios mencionados eran ciertos, daba á su palabra una energía extraordinaria. Pintó á Buckingham como un hombre que ni siquiera retrocedia ante un crimen y se atrevió á compararlo con Sejano.

Al oír tales palabras, el rey se enfureció, y segun parece dijo: «Si el duque es Sejano, yo seré Tiberio.» Su contestacion fué encerrar en la Torre á John Eliot y á Digges que fueron los que presentaron la acusacion ante los Lores. Por su parte los Comunes determinaron no ocuparse en negocio alguno hasta que se les devolviesen los miembros que se les habia arrebatado, y cuando esto se verificó, declararon que Eliot y Digges no habian dado en sus discursos motivo alguno para que se les reprendiera. Algunos dias despues hicieron constar que el aumento de los derechos de aduanas era ilegal, en tanto que no estuviese aprobado por el Parlamento, y mientras Buckingham intentaba su justificacion ante los Lores, determinaron suplicar al rey que despidiese al duque, «pues que debia temerse que todo el dinero que ellos pudieran ó quisieran dar, en virtud de su mala administracion, se empleara en perjuicio del reino.» Nunca se habia expresado con tanta claridad el deseo de que el peso del gobierno descansara en el Parlamento; así fué que el rey perdió la paciencia, pues ya una vez habia indicado que su gobierno deseaba aconsejarse del Parlamento, pero no someterse á su exámen. Los Lores contestaron que esperase aun algunos dias antes de tomar una resolucion violenta, pero contestó: «Ni un solo minuto,» y el dia 5 de junio disolvió el Parlamento.

Carlos I cometió el error de creer que la Cámara disuelta no era el intérprete de la opinion de la nacion, y por el contrario supuso que podría conseguir del pueblo, sin sacrificio por su parte, lo que los elegidos del mismo pueblo no querian concederle sin que antes contrajera compromisos

(2) Notes of the debates in the house of Lords officially taken by Henry Elsing, clerk of the parliaments a D. 1624 and 1626, edited from the original Ms. in the possession of E. G. Carew by S. R. Gardiner (Camden Society 1879).

(1) Forster, John Eliot, segunda edicion, 1872, 2 vol.